

SAN JOSE

patrono de los marinillos

A mi ilustre y querido maestro,
Tomás Carrasquilla, dedico, con
toda mi admiración y cariño.

En los primeros años de la segunda década de este siglo, volvió a Marinilla, su tierra natal, el joven doctor Lope de Casanegra, después de varios años de residencia en Bogotá donde acababa de terminar sus estudios profesionales y de obtener su grado de doctor. Pensaba ir a Europa a perfeccionar sus estudios y a especializarse en algunos ramos de las ciencias. Pero antes de emprender su viaje a tierras ultramarinas, quiso ir a pasar unos dos meses al lado de los suyos en su vieja ciudad maternal. El joven de Casanegra, quien siempre había sido sencillo y modesto, no se dio ínfulas ni se envaneció por sus triunfos como estudiante de la capital. . . . Al contrario Dijérase que se había hecho más simpático, más comunicativo y jovial. No se quedó en el pueblo quién no fuera a visitarlo, especialmente las gentes pobres y campesinas. No está por demás decir que en el risueño y apacible valle de San José de Marinilla, casi todas las gentes de los campos pertenecen a las mismas nobles y linajudas familias que habitan en el área urbana de la población. Y qué caras de mujer más perfectas y más adorables las que se ven por esos trigos! Por el ángulo facial casi completamente recto, por los ojos negros, tranquilos, guardados por largas pestañas, por la boca pequeña y los labios car-

nosos de color carmín, parecen "primas hermanas" de María Santísima y nacidas a orillas del Jordán o bajo los muros de Jericó o a la sombra de las palmeras y sicomoros de Nazareth!!

Entre los que entonces visitaron con más asiduidad y cariño al joven de Casanegra, se distinguió especilmente don Rafael Zuluaga. Era éste un anciano vigoroso, de pura raza vasca, de barba tupida, de cabellos largos y ensortijados ya encanecidos por el tiempo. Frisaba entonces en los setenta y siete años. Era alegre, jovial, dicharachero. Gozaba contando anécdotas de su vida y haciendo recuerdos de sus campañas. En su juventud había hecho buenos estudios en el Colegio de San José y con frecuencia se ufanaba de haber sido discípulo del doctor Rafael María Giraldo y del Padre Vicente Arbeláez, después ilustre Arzobispo de Bogotá. Entre sus compañeros de estudio recordaba orgulloso al Obispo González, a don Abraham Moreno, a Eliseo Arbeláez — el mártir de Carolina — a Norberto Ossa, al doctor Pineda, a don Lino Acebedo Zuluaga. Como buen marinillo, a los diez y seis años fue a los campos de batalla a defender sus convicciones políticas. En 1851 estuvo al lado del doctor Giraldo en el combate del cementerio de Ríonegro. En el 54 hizo la campaña de La Sabana con el ejército constitucional para derrocar la dictadura de Melo. Daba gusto oírle contar con mil detalles interesantes las cargas de Bosa y Tres-Esquinas, con el valor espartano de Evencio Arbeláez, con el heroísmo de Juanito Londoño, allí sacrificados en aras de la República. En la guerra del 60 estuvo en el Cauca con la tercera División.... Y oyó las arengas inflamadas del capellán castrense Joaquín Guillermo González, conoció a Arboleda y a Henao, tomó parte en cargas encabezadas por el fogoso Juan Pablo Gómez Hoyos (alias "el marinillo"), vió caer el heroico Juan Nepomuceno Jiménez en el Cabuyal, presencié el sacrificio del doctor Giraldo en Santa Bárbara de Cartago. Fue de los vencedores en Cascajo el 4 de enero de 1864. Estuvo en las llanuras de Garrapatas en noviembre del 76 y supo de las proezas de Obdulio Duque y Manuel Casabianca. En 79 no quiso tomar parte en la revolución contra el gobierno de Antioquia. Siempre consideró como una bobada, como una verdadera MARINILLADA, como él decía, "el haber ido al Cuchillón a buscarle ruido a Rengifo en sus

propias barbas, sin elementos ningunos para el éxito de la campaña y a dejarnos matar como conejos en trampa"

De los 45 años en adelante don Rafael Zuluaga no volvió a pensar en campañas ni en viajes y se dedicó al laboreo de sus tierras y a la crianza de su familia. Consiguió una finquita por los lados de la vereda de "Aldana", a dos leguas de Marinilla y en los límites con el municipio de El Santuario. Tras varios años de constante trabajo, con frugalidad, método y economía logró alcanzar una relativa holgura. Más tarde pudo comprar casa en la población y a ella se iba todos los sábados en la tarde para asistir a la misa los domingos y vender sus frutos agrícolas en el mercado. En semana santa y en las fiestas patronales de la Virgen del Tránsito en agosto, su permanencia en la casa del poblado era más larga. Con los años y la vejez se fue haciendo más piadoso y por el deseo de oír misa diaria y de frecuentar la santa comunión, puede decirse que vivía ya constantemente en la plaza. Era un apasionado por la lectura, sobre todo de lo que se refiriera a la historia de Colombia. Se enloquecía con las novelas francesas de Víctor Hugo y Alejandro Dumas y la vida de Napoleón no tenía secretos para él. Siempre que se mencionaba al Libertador, se descubría y ponía de pies, ni más ni menos como si se tratara de Nuestro Señor.... Lope de Casanegra que desde muy muchacho era preguntón y curioso, vivía a caza de don Rafael para que le contara cosas de la historia de Colombia y muchas veces se fue a su finca de "Aldana" a visitarlo...., Alguna vez diz que le dijo el viejo: "A ver Lopito, usted que diz que sabe ya tanta historia patria, apuesto a que no es capaz de decirme por qué debemos ser conservadores los buenos colombianos"

El joven ensayó una respuesta, pero muy débil y vacilante. Entonces don Rafael sacó de un baúl dos volúmenes y los entregó a Lope diciéndole: "Le voy a regalar esta obra, las "Memorias histórico-políticas" del general Joaquín Posada Gutiérrez, para que las lea con cuidado y vea por qué debemos ser conservadores..... En esta obra prueba el autor terminantemente que en Colombia los verdaderos liberales hemos sido los conservadores..... Que los gobiernos en que han predominado éstos casi siempre han garantizado mejor el

pleno goce de las libertades públicas que los otros.... Que si en teoría parecen más amigos de la Libertad los rojos, en la práctica lo son más los azules.... Y eso tiene qué ser así porque los verdaderos fundadores de nuestro partido fueron tres grandes e ilustres santanderistas, enemigos de la dictadura del Libertador y uno de ellos hasta conspirador en septiembre del 28: José Ignacio de Márquez, Rufino Cuervo, Mariano Ospina Rodríguez”.....

Lector asiduo de cuentos, leyendas y consejas desde los “Doce Pares de Francia” y los de las “Mil noches y una noche”, hasta los del “Compadre Peralta” y “El Anima Sola” de nuestro perillustre y nunca bien admirado Tomás Carrasquilla, el viejo Zuluaga se los sabía todos y los narraba de manera deliciosa poniendoles mucho de sal y pimienta personalísimas. Todos los cuentos que la “benevolencia” de nuestros paisanos nos ha asignado a los pobres marinillos — cuentos casi todos andaluces y gallegos, como el de la vaca subida a la torre, el de la viga atravesada, el de la luna que parece un queso en el fondo del pozo — los refería don Rafael, corregidos y aumentados, entre alegres risotadas, acariciándose las barbas y fumando su buen “chicote”..... Y decía a Lope y demás muchachos que se le acercaban: “Cuidado con irse a ‘calentar’ cuando en otras poblaciones o fuéra de Antioquia oigan cuentos sobre los marinillos..... La consigna de todos nosotros debe ser ayudar a que nos hagan la ‘chacota’ y probar con todos y cada uno de nuestros actos que no tenemos ni un pelo de majaderos.... Piensen mis hijos, que en todos los pueblos y países de la tierra, en todos los tiempos y en todas las épocas, esos cuentos se le han acomodado generalmente a los más listos y despiertos, a los dirigentes, a los ‘mandones’, a los ‘gamonales’ En Europa se los asignan a los ingleses, en Francia a los marseleses y gascones, en España a los andaluces y gallegos, en Italia a los napolitanos, en Colombia a los antioqueños, y en Antioquia a los marinillos y a los envigadeños.... A mí me parece que con eso nos hacen una verdadera distinción a los nacidos en este valle de mi padre San José.... Una vez le contestó Lope sonriente y complacido: “Me gusta mucho oírle eso, don Rafael. Así aprenderé en lo

futuro a contener la impaciencia y ayudar a que me hagan la charla.... Una vez en Bogotá a un condiscípulo que me hacía la 'tiradera' por lo de la natilla y los buñuelos, casi que le hago probar los cinco buñuelitos calientes de mi revólver"

.....

Con la venida de Casanegra de Bogotá, con el título de doctor y su próximo viaje a Europa, el viejo afecto que por él sentía don Rafael, como que se hubiera centuplicado..... Fuera de lejanos vínculos de familia que lo unían a él por el lado materno, ahora como que se sentía más ligado por muchas afinidades espirituales: el amor entrañable de los dos a la patria chica, el culto por las glorias de Antioquia y de Colombia, la común afición por los cuentos y anécdotas salerosos y picantes. En dos meses que estuvo Casanegra en Marinilla casi no hubo día en que no hubiera ido a visitarlo don Rafael. La madre del primero, la inteligente y distinguida matrona doña Rosaura del Pino, ayudaba a la charla preguntando al viejo mil cosas sobre la antigua Marinilla, sobre sus campañas, sobre el doctor Giraldo, don Obdulio Duque, etc., etc. Al mismo tiempo hacía que sirvieran chocolate, o café, o té o algúnicor..... El viejo prefería el anisado de la tierra... Y con dos o tres tragos dentro del cuerpo se le soltaba esa lengua que era una maravilla... Le hacía a Lope toda clase de preguntas sobre esa prestigiosa y lejana Bogotá a la que él había conocido cuando la campaña contra Melo en 54 y cuando era todavía una ciudad completamente colonial.... Y se deleitaba oyendo sus progresos y adelantos. Un día en que el joven le refería las fiestas centenarias de 1910 y lo grandiosa que había resultado la apoteosis de Nariño descubriendo su estatua en la plaza de San Victorino el veinte de julio, lanzó un enérgico vizcaíno, se puso de pies, dio un puñetazo sobre la mesa cercana y exclamó casi ahogado en lágrimas: "Los colombianos siempre somos muy canallas..... demorarnos un siglo para pagarle en algo nuestra deuda de gratitud al Precursor, a quien primero pensó en libertarnos del yugo extranjero, es algo que nos desacreditará eternamente.... ¡maldita sea!..."

Tenía Zuluaga dos cultos entre los grandes antioqueños ya muertos, el del Obispo Jiménez y el del doctor Pedro Justo Be-

rrío. El primero, "mi compadre Valerio" como él decía, había sido quien como cura de Marinilla lo había bautizado y de cuyas manos había recibido por primera vez el Pan de los vivos. El lo había casado poco tiempo después de su regreso de la campaña en la altiplanicie. Años más tarde, cuando ya el "Padre Valerio era el primer Obispo de Medellín y Antioquia, le había hecho el altísimo honor de apadrinarle a uno de sus hijos sacándose de la pila bautismal. Y era de oírlo ponderando las virtudes y méritos del Obispo Jiménez: su desprecio por los honores y grandezas que lo hizo renunciar voluntariamente el gobierno de la Diócesis para ir a vivir humildemente en su Marinilla, su admirable dón de consejo, su patriotismo siempre vigilante y exaltado, su caridad para con los pobres, su generosidad y largueza cuando se trataba del bien de su terruño. "A él, decía don Rafael, debemos los marinillos lo poco bueno que tenemos: Colegio de San José, Hospital de Caridad, Casa de Beneficencia"..... Y se entusiasmaba el viejo recitando de memoria el bello soneto que al Obispo dedicara el ilustrado canónigo Baltasar Vélez: "Dijiste atrás Valerio a los honores Sucesor de tus mismos sucesores".

Del doctor Berrío sostenía que era el verdadero creador de la grandeza de Antioquia, el modelador de su alma como pueblo, el artífice de su progreso..... El infundió entre nosotros el culto por la justicia, el respeto a la Ley, los hábitos de trabajo y de ahorro, el amor a la libertad en el orden. Fomentó la instrucción pública, desarrolló la minería, creó la inolvidable escuela de artes y oficios, estableció casa de moneda, organizó ejército para oponerlo al dictador Mosquera en el 67, se mostró verdadero hombre de Estado manteniendo relaciones cordiales con Murillo Toro.

Contaba Zuluaga que en el año de 1869 hizo un viaje a Medellín con dos fines únicos y exclusivos: ver pontificar a su "compadre Valerio" y conocer al doctor Berrío. Estuvo en la villa de la Candelaria el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, fiesta de primer orden en los ritos de la Iglesia Católica y por añadidura onomástico del Presidente del Estado Soberano de Antioquia. Desde muy temprano se fue a la catedral y se colocó en lugar apropiado para poder ver y oír todo a su real

talante. "Si viera, Lopito, decía el viejo, la majestad y gallardía con que llevaba Valerio Antonio la mitra y el báculo. Parecía un San Ambrosio o un San Basilio. Alto, robusto, tupida cabellera, blanca como la nieve, los 63 años que ya tenía no le quitaban ninguna agilidad en sus movimientos. Y lo lindo que cantó el Prefacio con esa bella voz de tenor que mi Dios le dio y que conservó casi sin perderla hasta su muerte. . . . El doctor Berrío, cerca del altar, acompañado de sus secretarios, oyó la misa devoto y recogido. **Mismamente el cruzao** de brazos que hoy tiene su estatua en la plaza de su nombre de Medellín". "Y al salir de la catedral, concluía Zuluaga, tuve otro gusto enorme, pues vi que varios de los personajes importantes que acompañaban al gran Berrío eran marinillos o medio marinillos y algunos de ellos amigos y condiscípulos míos. Allí Abrahamcito Moreno y Demetrio Viana, Abraham García y el doctor Román de Hoyos, quien aun cuando nacido en la vieja ciudad de Antioquia era por su padre de pura cepa marinilla".

Entre los antioqueños que figuraban entonces en el panorama nacional lo fascinaban tres de modo especialísimo: el doctor Carlos E. Restrepo, el General Rafael Uribe Uribe y el maestro Tomás Carrasquilla. A él, que había sido un velizta entusiasta y apasionado cuando la candidatura del general Vélez para la Vicepresidencia de la República en 1891, le había dolido enormemente la derrota de su candidatura. . . . Y decía con frecuencia: "La derrota del pobre Marceliano se debe única y exclusivamente al delito de ser antioqueño. . . . ¡Maldita sea! como si fuéramos menos que los otros colombianos. . . . Como si fuéramos parias. . . . como si en estas lomas y cañadas nuéstras no hubieran nacido Félix de Restrepo y Zea, Girardot y Córdoba, Liborio Mejía y Simona Duque. . . . Pero nos tendrán que hacer justicia nuestros hermanos de los otros departamentos o. . . . ¡vive Dios!

Estaba, pues, ahora don Rafael encantado, feliz al ver a un puro 'paisa' ocupando por primera vez en un siglo el solio de Bolívar y Santander. Y ese maicero era nada menos que Carlosé, el hijo de su venerado y querido amigo el doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, el cuñado del doctor Alejandro Botero Uribe, su amigo y compañero de armas en Cascajo.

Y era voz pública en Marinilla que tan pronto como supo la elección del doctor Restrepo en julio del año 10, se fue a Medellín a conocerlo y a visitar a su señora madre, la clarísima dama doña Cruzana de Restrepo. No hay para qué decir que conocía todos los escritos del doctor Carlos E., desde los de "La Miscelánea" y "Vida Nueva" hasta el famoso telegrama al presidente Reyes que terminaba: "Hace tiempos que estoy de pie pidiendo la libertad de los libres".

Del general Uribe Uribe lo entusiasmaban su admirable dinamismo, su voluntad tesonera, sus vastos conocimientos, su austera y limpia vida privada, su valor en veces temerario. Alguna vez decía al joven de Casanegra: "Soy muy conservador, pero, francamente, casi que no me dolió la derrota de Peralonso.... Fue que allí se cubrió de gloria el paisano Uribe pasando el puente en medio de mil fuegos con un arrojo endemoniado.... Qué gallo ese, caracho"!

Al maestro Carrasquilla lo admiraba y lo quería con una especie de culto idolátrico sosteniendo que para él no había en Colombia escritor costumbrista que lo igualara. Daba cuenta y razón de todos los personajes y del argumento y enredo de "Frutos de mi Tierra", "Entrañas de Niño", "Grandeza", "Salve Regina", "El Padre Casafús" y casi todo lo que él había escrito hasta esa época. "Yo conocí a don Tomás, contaba otro día Zuluaga, aquí en Marinilla siendo él todavía un niño, en casa si no recuerdo mal, del doctor Pineda y de su esposa, mi parienta doña Rosaura Zuluaga. Entiendo que don Secundino Giraldo, quien fue su maestro en Concepción o Santo Domingo, lo trajo aquí a pasear en vacaciones. Y era fama que la esposa de Giraldo, la bella y dulcísima Josefita Escobar, quería al niño Tomasito como si fuera su propio hijo. Seguramente la encantadora dama supo adivinar en él al futuro y genial escritor, gloria de las letras castellanas".

Cómo gozara hoy el inteligente don Rafael Zuluaga, si todavía viviese, al ver que el viejo enorme, no obstante sus setenta y cinco años, escribe todavía cosas como el "Elogio de la Sencillez", página que por su vigor, originalidad, donosura y lozanía proharía orgulloso el mismísimo Erasmo.

Desde las primeras visitas que hizo Zuluaga a Lope, le anunció que quería darse el honor y el gusto de presentarle a un amigo excelente, el mejor, el más noble y abnegado. Pero que no le preguntara el nombre, que deseaba darle una sorpresa. No obstante pasaban días y más días y no llegaba la anunciada presentación. Por fin el domingo víspera de su partida para el exterior se fue Lope a visitarlo y le dijo: "Qué hubo Rafaelito del distinguido amigo que diz que me iba a presentar?" "Cómo no, mi doctorcito, le respondió. Espéreme un momento y vamos ahora mismo". Se miró al espejo, peinó con esmero sus largas guedejas blancas, se limpió el vestido con un cepillo, se puso su sombrero, un **aguadeño** nuevecito, cogió el bastón y dijo: "Camine, pues". Salieron a la plaza, la atravesaron por medio de las gentes que hacían el mercado y llegaron al atrio del templo principal. Lope miraba a Zuluaga sorprendido. "No se asuste, doctor, le dijo éste. Camine y entre conmigo que aquí en la Iglesia nos aguarda el amigo". Y fue subiendo por toda la nave central. El joven lo seguía pocos pasos atrás. Ascendió las gradas del presbiterio, llegó al altar mayor, tiró de una cuerda. Y lentamente se fue levantando el velo que cubría a San José! Y allá en el nicho central de arriba apareció, radiante y bella, la imagen del glorioso Patrón de la Villa de la Marinilla!! "Este es el amigo que quería presentarle, dijo Zuluaga emocionado. El más querido, el más noble, el más desinteresado, el excelentísimo. El único que no hace nunca una **floja**, el único que cumple siempre sus promesas. Quiéralo mucho, mi doctor, sea siempre devoto de él y verá que le va bien en el viaje y en la vida". Se postró de rodillas y entonó en asocio de Lope la bellísima y popular oración que se reza todos los días en todos los hogares de la Montaña: "Poderosísimo Patrón del linaje humano, amparo de pecadores, José gloriosísimo. El último instante de nuestra vida ha de llegar sin remedio. Desde ahora y para entonces te invocamos Padre nuestro. A tu patrocinio nos acogemos."

Salieron juntos del templo, Lope profundamente conmovido con la arraigada y sincera fe de don Rafael. Se fueron a la casa del primero e inmediatamente que entraron llamó Zuluaga:

“A ver mi señora Rosaurita, mándenos servir unas copitas que quiero, antes de que el doctor se vaya mañana para su largo viaje, contarle a él y a usted, **mi último cuento** Es un poco largo, pero verán que vale la pena y que en realidad no es un cuento sino más bien una historia auténtica y verdadera. Y digo que es el **último** porque estoy seguro de que cuando el doctor regrese ya yo estaré sepultado bajo tierra”..... Y dijo:

“**Conocimos** todos aquí a **José Julián Ciro**, hombre bueno, modesto, sencillo, cristiano a carta cabal. Vivía en su finca de la verdea de “El Salto”, cerca de los límites de Marinilla, San Vicente y El Peñol. Era coetáneo del Arzobispo Arbeláez y del Obispo González y nació, si no estoy equivocado, en el año de la batalla de Ayacucho. Desde muy niño mostró una especialísima devoción al Santo Patriarca, Patrono de nuestra Villa. Con su trabajo tenaz y perseverante logró montar bien su finquita, la que le producía buena cantidad de legumbres que él vendía aquí en el mercado los domingos. Al cabo de algunos años dedicó buena parte de los terrenos de su **posesión** al cultivo de la caña de azúcar. Y tuvo trapiche propio... Hubo años en los que José Julián sacaba a la plaza como quince cargas de **panela**. A los veinte años contrajo matrimonio con Bárbara Ceballos, moza regordeta y sana que le dio numerosa prole. No está por demás decir que Bárbara tenía fama en “El Salto” de ser la mejor cocinera en muchas leguas a la redonda. Qué **mazamorra** más exquisita la que preparaban esas manos, con aquellos granos blanquísimos, esponjados y blandos... Sus arepas de maíz de **mote** no tenían rival ¿Y qué decir de su natilla y sus buñuelos?..... Que eran **mismamente** los que describe nuestro Gutiérrez González en sus célebres versos al cultivo del maíz... Pero sigamos adelante con nuestro cuento. El mismo día que se casaron hicieron solemne promesa a San José de ser siempre fidelísimos devotos suyos, de alumbrar su imagen todos los miércoles, de venir del campo a la población el diez y nueve de cada mes a comulgar y a asistir a la misa cantada en la mañana y a la función llamada **del Patrocinio** en la tarde. Le prometieron también ser los **alféreces** para su fiesta anual del 19 de marzo. Ciro fue cumplidísimo en sus

promesas. No hubo miércoles en que la lamparilla de aceite de higuierilla no se encendiera en su casa ante la imagen del esposo de María. Bárbara y sus hijos pequeños la adornaban a porfía con flores de siete-cueros, con rosas, claveles, geranios, lirios..... Con cuanto podían coger en campos, huertas y jardines. En la tarde del 18 de cada mes se venía Ciro para la población en compañía de su mujer y de varios de sus hijos. El 19 muy de madrugada estaban en la iglesia. Se confesaban con el Padre Valerio, recibían la santa Eucaristía y asistían a la misa cantada a las siete o a las ocho. Permanecían todo el día en la población haciendo algunas visitas y por la noche volvían al templo a la exposición del Santísimo Sacramento y a recibir la bendición con su Divina Majestad! Pero lo que más les encantaba era oír a Gabrielito Zuluaga cantando, con esa voz dulcísima y sonora, los gozos y dolores del Santo Patriarca:

“En la postrera agonía
 Cuando la muerte llegare
 Tu patrocinio me ampare
 Y el de tu esposa María.

.....

La fiesta anual de San José, el 19 de marzo, la celebraba Ciro de acuerdo con sus medios y capacidades pecuniarias. Si la venta de panela estaba floja en Ríonegro los sábados y en Marinilla los domingos, entonces se limitaba a pagar la salve de la víspera y la misa solemne del día. Pero cuando el trapiche producía y la panela se vendía a buen precio — como pasaba muchos años — entonces echaba la casa por la ventana para honrar y glorificar a su amadísimo patrono! Escribía con anticipación a su compadre Nepomuceno Arbeláez a San Vicente para que le contratara la “chirimía” de los negritos Castrillonés. Y desde enero le hablaba al fiático Zuluaga — el mejor pirotécnico que tuvo el Estado Soberano de Antioquia. — para que le preparara en cantidad abundante “voladores” o cohetes de luces, castillos, “rodachinas”, “vaca-locas”..... Y si aquí no había en ese año muy buena banda de música, entonces traía la de Ríonegro, o la del Carmen, o la tan mentada de los Panaguas de Medellín’.

“Durante varios lustros Ciro vivió feliz con su mujer e hi-

jos en su finca de "El Salto" y cumpliendo siempre fielmente las promesas hechas al patrono. Pero cuando ya tenía cerca de cincuenta años, enviudó..... La tristeza enorme que le produjo la falta de su Bárbara, hizo que empezase a empinar la copa, cosa que antes nunca hiciera. Con motivo de alguna de nuestras malhadadas guerras civiles hubo una crisis económica pavorosa, las cosas se depreciaron enormemente y el precio de la panela cayó de tal modo que no valía la pena de cultivar la caña ni de beneficiarla. Total: que el pobre José Julián tuvo que hipotecar su finquita y verse pobre y arruinado. Por consejo de varios amigos resolvió irse al Valle del Cauca, a Cartago, donde varios de sus amigos y paisanos habían hecho relativa fortuna. Después de un penoso viaje de una semana llegó a la ardorosa ciudad que baña el río La Vieja. Al día siguiente de su llegada, varios de sus conocidos, casi todos orientales y marinillos — Gómez, Ramírez, Arbeláez, Hoyos, Arias, Jiménez, Salazares, Ocampos— celebraron una gran comida en su honor. Hubo derroche de alegría y naturalmente abundancia de licores.... Uno de los jóvenes de aquí, entonces residente en Cartago, un simpático muchacho cuyo nombre me reservo, convidó a Ciro, cuando ya los otros se habían retirado a que fueran a visitar a unas damiselas de la vida alegre..... Y fueron allá..... Y se emparrandaron más de lo debido Y el pobre José Julián murió esa noche de un ataque apoplético".....

Llegado a este punto de su cuento, don Rafael tomó algún respiro, se encajó otro trago, encendió su cigarro y continuó así:

"Se le apareció a San Pedro a las puertas del Paraíso. El príncipe de los apóstoles que estaba ese día de mal humor, seguramente recordando las flojas que hizo a Nuestro Señor negándolo ante una triste criada, recibió al desgraciado Ciro con cajas destempladas. ¿"Qué vienes a hacer aquí, marinilla sin vergüenza, hediendo a aguardiente y a lujuria? Lárgate para los infiernos"..... José Julián temblando de miedo y con los nervios del "guayabo", llorando casi, le dijo: ¡Oh portero celestial! Por tu grande y noble corazón mereciste que Cristo te hiciera su vicario. Tú, el primero que lo reconociste

como Mesías en el desierto de Cesárea, que lo viste transfigurado y radiante de gloria en el Tabor, que fuiste elegido por El para lavarte los pies en la última cena, que después de su resurrección oíste de su boca el mandato de apacentar las ovejas de su rebaño..... Yo soy una de esas ovejas..... Apíadate de mí y no me mandes así al averno! Si no puedes dejarme entrar hazme al menos un favor: llámame a mi padre San José! Pedro, ablandado con las zalemas del marinillo, se entró al cielo y poco después sacó hasta la puerta al esposo de María. Inmediatamente que vió a Julián lo conoció y se dió cuenta de la desgracia que le acontecía. Llevándose las manos a la cabeza, confundido, le dijo: !Por Dios hijo mío. ¿Cómo te apareces aquí en ese estado, casi borracho y después de una noche de vergonzosa orgía? Mucho te quiero, reconozco que fuiste siempre un fiel devoto mío, pero me es imposible alcanzar que te dejen penetrar al Paraíso así en pecado mortal! Pero Ciro se postró de hinojos a sus plantas y agarrado a su manto prorrumpió entre sollozos: ¡San Josesito lindo, patroncito adorado, tesorito mío, lirio de Jessé, alegría de Israel, esposo de María, padre del Salvador, adorno de los predios eternos, no me abandones en esta hora de suprema angustia. Por más de cuarenta años te serví con fidelidad y jamás dejé de cumplirte mis promesas! Tú lo sabes muy bien. ¿Será justo, padre mío, que por una sola caída de pocas horas se me castigue eternamente y que no se tengan en cuenta los largos años en que te honré y en los que cumplí religiosamente las leyes del evangelio?..... Mira, allí a pocos pasos de nosotros está Pedro, hoy claveró de estos celestiales dominios.... El que fue elegido por Jesús para Jefe de su apostolado y para cabeza de su iglesia, en una hora negra lo negó tres veces.... Pero no se le condenó por eso.... Se le dió tiempo para llorar y arrepentirse.... ¿No sería justo que conmigo se hiciera algo parecido?.....

José, profundamente conmovido con las palabras del Marinillo, lo dejó en la puerta y se entró al Empíreo a hablar con su hijo Jesús. Estaba el divino Zarco de Galilea más bello que nunca. Sentado en áureo trono, radiante de gloria, con el mundo por escabel de sus plantas, rodeado de querubines, de

serafines, de arcángeles, de potestades, todo en El parecía adoración! Pero esos sus ojos grandes, dulcísimos, en los que se retrataba la intimidad, esos ojos tiernos que tántas veces se ahogaron en lágrimas en la tierra a la vista de las miserias de la pobre humanidad, predecían el perdón, anunciaban la misericordia y la indulgencia. Estaba en ese momento oyendo complacido una incomparable sinfonía que efectuaba el Coro de las Vírgenes cantando las glorias eternas del Cordero immaculado. ¡Cecilia llevaba la batuta. Cerca de ella dejaban oír sus voces de bellísimas sopranos Lucía, Bárbara, Inés, Teresa de Jesús, Margarita de Alacoque.... Cuando vió que su padre se acercaba para hablarle, hizo suspender el canto para oírle con más atención. José le expuso el caso de su marinillo con todos sus detalles. Cuando terminó, Cristo le dijo: "Tú sabes padre mío cómo me gusta a mí complacerte y cómo aprecio y distingo a tus devotos..... Pero sabes también las normas eternas e inmutables que aquí rigen. Nada manchado con la culpa puede entrar a mis mansiones sin que antes se haya purificado..... Pero para que veas mi buena voluntad, voy a nombrar una comisión compuesta de los más sabios e ilustres teólogos del Paraíso para que estudien bien el caso de tu devoto..... Si el concepto de ellos es favorable, lo dejaremos entrar"..... Y llamó a Agustín el Doctor de la gracia, a Tomás de Aquino, a Hilario el de Poitiers, a Francisco de Sales, a Bernardo el borgoñés, a Isidoro el de Sevilla, y a Alfonso el de Ligorio. Los siete perillustres teólogos y doctores estudiaron detenidamente el caso. Después de muchas citas y consultas y de hojear infolios y mamotretos, informaron a Nuestro Señor que a ellos no se les ocurría ningún medio para dejar entrar al Cielo al marinillo José Julián Ciro. Así lo comunicó Jesús a su padre putativo. Entonces José, con suavidad pero con energía y firmeza, dijo: "Lo siento en el alma, pero tengo qué dejarlos..... Yo no puedo quedar mal con mi marinillo ni faltar a mi palabra. Si él no puede entrar aquí, me iré yo con él para el infierno"..... María, la Reina de los Cielos, que en silencio había oído todo, se puso en pies y se alistó para marcharse con José. ¿Cómo iba ella a dejar partir solo a quien la acompañó y protegió en las horas amargas

de Belén, en la huida penosa al Egipto, en la soledad y pobreza de Nazareth?..... Pero quién dijo tal..... Se esparció por el Empíreo la noticia de que la Madre de Dios se marchaba y aquello fue el acabóse..... Las Vírgenes, los Mártires, los Confesores, todos querían seguir a su Reina y Señora.....

Entonces Nuestro Señor Jesucristo dio al intrincado asunto una solución de esas que sólo a El se le ocurren. Dijo en alta voz, con esa misma voz del divino Emanuel que pronunciara el sublime Sermón de la Montaña:

“Cómo no es posible que el marinillo José Julián Ciro entre en pecado mortal a esta mi eterna mansión de los bienaventurados y como no puedo permitir tampoco que mi padre y mi madre me abandonen, resuelvo y ordeno: Que resucite el mentado Ciro; que vuelva al mundo a hacer penitencia de su falta y a seguir mereciendo la eficacísima protección de mi padre José”.....

José Julián volvió pocos meses después a Marinilla de regreso de Cartago. Vino más humilde, más sencillo, más modesto, más devoto! Parecía a todas horas en presencia del Señor..... Murió en olor de Santidad por allá en 1883, precisamente en los mismos días en que trajeron de Manizales los restos de don Obdulio y don Cesáreo”.....

Terminado el interesante relato, don Rafael se levantó y se despidió de Lope de Casanegra con un estrecho y largo abrazo..... No se volvieron a ver, pues ambos murieron pocos años después. Pero al salir a la puerta de la casa que da a la calle, le dijo estas últimas y memoriosas palabras: “Acuérdese bien doctorcito de esto que le digo, de que San José, patrono de la Marinilla, no deja nunca condenar a ningún marinillo que haya sido fiel y constante devoto suyo”.

Bogotá, diciembre de 1933.

Jesús Antonio Hoyos